

LOS OCULTISTAS INSOSPECHADOS¹ GUY DE MAUPASSANT

Por Georges Vitoux

Si damos crédito a lo que dicen las habladurías, la locura de ese infortunado Guy de Maupassant, cuyo espíritu, como es sabido, sucumbió tan lamentablemente antes que el cuerpo, dataría de una época todavía demasiado alejada de aquella en la que el autor de *Bel Ami* escribía *Le Horla*, ese curioso relato en el que se dedica a describir las crecientes angustias de un desgraciado alucinado que es torturado por un ser inmaterial e invisible.

Esta presunción, por verosímil que pueda parecer en un primer examen, es seguramente inexacta. A pesar de su tema, el *Horla* nunca ha sido una concepción de demente, y sería prueba, en definitiva, de conocer muy mal al escritor que fue Guy de Maupassant en caso de creerlo así.

El Horla es una historia mágica inspirada por los más puros datos de la ciencia secreta, y el Sr. de Maupassant escribiéndola está haciendo una obra de *Iniciado*.

Por lo demás, esto es fácil de demostrar. Como muchos artistas del momento, Guy de Maupassant se había dejado seducir, desde hacía bastante tiempo, por el encanto de los turbadores misterios del más allá, y esa preocupación particular, que le inspiró numerosos relatos, – no hay uno de sus libros en los que no se pueda encontrar al menos un relato dedicado al estudio de algún extraño problema de ocultismo, – constituye precisamente uno de las características más curiosas de sus obras.

En su obra, en efecto, lo maravilloso es estudiado bajo formas múltiples, y con una particular competencia. Pero lo que principalmente apasiona a Guy de Maupassant, son las manifestaciones fantasmales.

Creía en las obsesiones y en los espíritus, y las simples coincidencias no podían bastar para explicar todas esas cosas:

«¿Quién puede saberlo? Todo lo que nos rodea, lo que vemos sin mirar, lo que rozamos inconscientemente, lo que tocamos sin palpar y lo que encontramos sin reparar en ello, tiene efectos rápidos, sorprendentes e inexplicables sobre nosotros, sobre nuestros órganos y, por consiguiente, sobre nuestros pensamientos y nuestro corazón.

«¡Cuán profundo es el misterio de lo Invisible!»

Estas líneas tomadas de las primeras páginas del *Horla* denotan bastante fielmente su modo de comprender los fenómenos de lo oculto. Por añadidura, es un auténtico erudito en la materia describiendo las manifestaciones de los *invisibles*, y sus relatos son siempre escrupulosamente concordantes con las teorías de la ciencia secreta. Véase, por ejemplo, el relato titulado *la Peur* y que fue publicado en *Les Contes de la bécasse*. Se trata de un guardia forestal que ha matado a un hombre y que, el día del aniversario de su crimen, espera con un atroz espanto la aparición del fantasma de su víctima.

«¡Aquí está! ¡aquí viene! Ya lo oigo» exclamó el guardia. Las dos mujeres cayeron de rodillas en un rincón, ocultándose el rostro; y los hijos tomaron sus hachas.

¹ Extracto de *Coulisses de l'au-delà*, Chamuel éditeur.

Yo iba a intentar apaciguarlos cuando el perro dormido se despertó bruscamente y, levantando su cabeza, extendiendo el cuello, mirando hacia el fuego con su mirada casi apagada, emitió uno de esos lúgubres aullidos que hacen estremecer a los viajeros por las noches en el campo. Todas las miradas se dirigieron hacia él; ahora permanecía inmóvil, levantado sobre sus patas, como absorbido por una visión, y se puso a aullar hacia algo invisible, desconocido, sin duda espantoso, pues todo su pelo se erizaba. El guardia, lívido, gritó: «¡Lo siente! ¡él perro lo siente! Él estaba allí cuando lo maté.» Y ambas mujeres, enloquecidas, se pusieron a aullar con el perro.»

El fantasma del muerto que nadie ve, pero del que los demás actores de la escena adivinan la presencia real junto a ellos, es *observado* igualmente por el perro del guardia. El animal está aterrorizado y su pelo se eriza.

De primera intención se podría creer que éste último detalle fue inspirado por el único deseo de dramatizar el relato. En realidad no es así; el profundo temor del animal es conforme a la tradición. El gran naturalista inglés Russel Wallace, en unos *Estudios sobre las apariciones*, estudios que han sido traducidos y reproducidos en los *Annales des sciences psychiques*, relaciona un cierto número de casos análogos en los que unos animales, especialmente perros, parecen volverse locos de miedo por la presencia de espectros invisibles. En el relato del doctor Justinus Kerner sobre la Vidente de Prevost, escribe el Sr. Russel Wallace, se produce una aparición que persiste durante todo un año, y, tan a menudo como el espíritu aparecía, un terrier negro de la casa parecía advertir su presencia. Tan pronto como la figura era perceptible a la Vidente, el perro corría junto a alguien como para pedir protección, y a menudo aullando muy fuerte. *Desde el día en que la vio, no quiso quedar solo por la noche*. Obsérvese que en este caso la figura no es vista más que por una sola persona, la Vidente. Así pues esta circunstancia no es una prueba de la *subjetividad* de la aparición.

En *Sur l'eau*, uno de los relatos de *La Maison Tellir*, el misterioso miedo que experimenta el protagonista de la aventura, un pescador que pasa desafortunadamente la noche en su barca, sobre el río, se explica todo con naturalidad si se tienen en cuenta las enseñanzas del ocultismo. Se trata en efecto de un cadáver atado a una piedra que retiene en el fondo del agua el ancla de la barca. ¿El cuerpo inmaterial del ahogado flotando en la atmósfera vecina del cuerpo material recientemente abandonado no es suficiente para ejercer una influencia malsana?

Por añadidura, Guy de Maupassant no se ciñe al estudio de esas simples manifestaciones fantasmales subjetivas; a veces las apariciones son más complejas y hay materialización progresiva del ser invisible. Véase *La Chevelure*. – en el volumen *Toine* – este extraño relato en el que el escritor nos muestra a un individuo afectado de necrofilia.

El protagonista de la aventura ha encontrado en un viejo mueble una cabellera de mujer. Desplegándola, a su alrededor algo en ella que ha permanecido del ente invisible² – *astral*, dicen los ocultistas, – de la muerta, ejerce sobre su poseedor una atracción singular y es con una voluptuosidad real con la que éste busca su contacto: «Fluía – la cabellera – entre mis dedos, me hacia cosquillas en la piel con una caricia singular, una caricia de muerta. » Luego, la posesión se perfecciona, las partículas disgregadas del fantasma se acercan; éste adopta una forma corpórea, permaneciendo al principio invisible; pero pronto se materializa realmente convirtiéndose en un súcubo.

² Junto a la sangre, todos los ritos de brujería están unánimemente de acuerdo en constatarlo. No hay nada mejor que los cabellos para conservar durante mucho tiempo una parte de la potencialidad vital del ser al que les pertenecieron. Y es de ese modo como, a falta de sangre, los hechizos de la Edad media tenían mucho cuidado en aplicar a sus estatuillas de cera unos mechones de cabello robados a su futura víctima.

«¡Los muertos regresan! Ella vino. Sí, la he visto, la he tenido entre mis brazos, la he poseído, tal como era cuando estaba viva antaño, alta, rubia, exuberante, los senos fríos, la cadera en forma de lira; y he recorrido con mis caricias esa línea ondeante y divina que va desde la garganta hasta los pies siguiendo todas las curvas de la carne.»

«Sí, la he tenido, todos los días y todas las noches. Ha vuelto, la Muerta, la bella Muerta, la Adorable, la Misteriosa, la Desconocida, todas las noches.»

Pero es en *le Horla* donde este estudio de las manifestaciones objetivas de los espectros ha sido el más notable de Guy de Maupassant. Aquí el fantasma es de una especie peligrosa y ejerce una influencia nefasta; es un *elemental*, es decir uno de esos seres formando la atmósfera *viviente* de los invisibles que rodean inmediatamente la tierra. Por otra parte, este elemental no deja de faltar a su misión maléfica. Auténtico vampiro, acosa a su víctima y lo asedia con sus terroríficas caricias.

«Sé perfectamente que estoy acostado y que duermo... lo comprendo y lo sé... y siento también que alguien se aproxima, me mira, me toca, sube sobre la cama, se arrodilla sobre mi pecho y tomando mi cuello entre sus manos aprieta y aprieta... con todas sus fuerzas para estrangularme.

Trato de defenderme, impedido por esa impotencia atroz que nos paraliza en los sueños: quiero gritar y no puedo; trato de moverme y no puedo; con angustiosos esfuerzos y jadeante, trato de liberarme, de rechazar ese ser que me aplasta y me asfixia, ¡pero no puedo! Y de pronto, me despierto enloquecido y cubierto de sudor. Enciendo una bujía. Estoy solo.»

Sin embargo, pronto el ser invisible prosigue su tarea de maleficios y precisa su realidad. Bebe agua y leche, rompe la vajilla en los armarios, y, a pleno día, arranca de los rosales unas flores que transporta haciéndolas, como él, invisibles para nuestros ojos de mortales.

Luego se apodera de la voluntad de su víctima, la sugestion a capricho y la aterroriza despiadadamente.

Nada tan terrible existe en los viejos ritos de brujería y demonología.

Guy de Maupassant, además, parece haber estudiado con una pasión muy particular, las teorías mágicas de este tipo de manifestaciones. En *la Main*, uno de sus más curiosos relatos, cuenta el extraño caso de un hombre estrangulado por una mano muerta y de la que solo un fantasma ha podido venir a animar el esqueleto, En otras obras define las características de la posesión:

«¡Qué singular cosa es la tentación!»

Se mira un objeto, y, poco a poco, os seduce, os trastorna, os invade como haría el rostro de una mujer. Su encanto penetra en vosotros, extraño encanto que procede de su forma, de su color, de su fisonomía de cosa; y ya se le ama, se le desea, se le quiere. Una necesidad de posesión os gana, necesidad dulce al principio, como tímida, pero que aumenta, volviéndose violenta e irresistible. (*La chevelure*)»

Y esta posesión, auténtica envoltura del alma, es dominadora y despiadada, conduciendo siempre al crimen a su víctima:

«¡La tentación! La tentación ha entrado en mí como un gusano que reptar. Repta y discurre; se pasea por todo mi cuerpo, por mi espíritu que ya no piensa más que en esto: matar; por mis ojos que tienen necesidad de mirar sangre, de ver morir; por mis oídos, dónde pasa sin cesar algo desconocido, horrible, desgarrador y enloquecedor, como el último grito de un ser; por mis piernas donde se estremece el deseo de ir al lugar donde tendrá lugar el crimen; por mis manos que tiemblan por la necesidad de matar. ¡Qué bueno debe ser esto, raro y digno de un hombre libre que está por encima de los demás, dueño de su corazón y que busca sensaciones refinadas! (*M. Parent. Un Fou.*) ».

No existen ni el azar ni lo maravilloso, dicen repetidamente los ocultistas modernos, y lo sobrenatural no es nada más que otra cosa que ese algo cuya causa inmediata desconocemos. ¡Guy de Maupassant, sin lugar a dudas, compartía tales modos de ver! Y es por lo que tal vez sea interesante mostrar mediante un rápido examen de sus obras que fue un celoso partidario de las doctrinas ocultistas, y un partidario seriamente instruido, aun cuando no se haya jamás explicado claramente.

GEORGES VITOUX

Artículo extraído de la revista bimensual *L'Echo du Merveilleux* nº 103. 15 de abril de 1901.

Traducción de Jose M. Ramos para
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>